

tra alma, y puestos los ojos en su honra, y gloria, olvidarnos á nosotros. ¿Para qué es la vida, y la salud, sino para perderla por tan gran Rey, y Señor? Creedme, hermanas, que jamás os irá mal en ir por aquí. Yo confieso que mi ruindad, y flaqueza muchas veces me ha hecho temer, y dudar; mas no me acuerdo ninguna, despues que el Señor me dio hábito de Descalza, ni algunos años antes, que no me hiciese merced (por su sola misericordia) de vencer estas tentaciones, y arrojarme á lo que entendia era mayor servicio suyo, por dificultoso que fuese. Bien claro entiendo que era poco lo que hacia de mi parte, mas nó quiere mas Dios desta determinacion, para hacerlo todo de la suya. Sea por siempre bendito, y alabado. Amen.

9. Habiamos de ir al monasterio de nuestra Señora del Socorro, que ya queda dicho está tres leguas de Villanueva, y detenernos allí para avisar como ibamos, que lo tenian así concertado; y yo era razón obedeciese á estos padres con quien ibamos en todo. Está esta casa en un desierto, y soledad harto sabrosa, y como llegamos cerca, salieron los frailes á recibir á su prior con mucho concierto; como iban descalzos, y con sus capas pobres de sayal, hicieronnos á todos devocion, y á mí me enterneció mucho, pareciéndome estar en aquel florido tiempo de nuestros santos padres. Parecian en aquel campo unas flores blancas olorosas, y así creo yo lo son á Dios, porque á mí parecer es allí servido muy á las veras. Entraron en la iglesia con un *Te Dom*, y voces muy mortificadas. La entrada della es debajo de tierra, como por una cueva, que representaba la de nuestro padre Elias. Cierta yo iba con tanto gozo interior, que diera por muy bien empleado más largo camino, aunque me hizo harta lástima ser ya muerta la santa por quien nuestro Señor fundó esta casa, que no merecí verla, aunque lo desee mucho.

10. Parece me no será cosa ociosa tratar aquí algo de su vida, y por los términos que nuestro Señor quiso se fundase allí este monasterio, que tanto proyecho ha sido para muchas almas de los lugares de alrededor, segun soy informada; y para que viendo la penitencia desta santa, veais, mis hermanas, quan atrás quedamos nosotras, y os esforcéis para de nuevo servir á nuestro Señor, pues no hay porque seámos para menos, pues no venimos de gente tan delicada, y noble; que aunque esto nó importe, dígo lo porque habia tenido vida regalada, conforme á quien era, que venia de los duques de Cardona, y así se llamaba ella doña Catalina de Cardona. Despues de algunas veces que me escribió, solo firmaba: La Pecadora. De su vida antes que el Señor la hiciese tan grandes mercedes, dirán los que escribieren su vida, y mas particularmente lo mucho que hay que decir della: por si nó llegare á vuestra

noticia, diré aquí lo que me han dicho algunas personas que la trataban, y dignas de creer. Estando esta santa entre personas, y señoras de mucha calidad, siempre tenia mucha cuenta con su alma, y hacia penitencia. Creció tanto el deseo della, y de irse á donde sola pudiese gozar de Dios, y emplearse en hacer penitencia, sin que ninguno la estorbase.

11. Esto trataba con sus confesores, y no se lo consentian. Que como está ya el mundo tan puesto en discrecion, y casi olvidadas las grandes mercedes que hizo Dios á los santos, y santas que en los desiertos le sirvieron, no me espanto les pareciese desatino; mas como nó deja su Majestad de favorecer á los verdaderos deseos, para que se pongan en obra, ordenó que se viniese á confesar con un padre francisco, que llaman fray Francisco de Torres, á quien yo conocí muy bien, y le tengo por santo, y con grande hervor de penitencia, y oración, há muchos años que vive, y con hartas persecuciones. Debe bien saber la merced que Dios hace á los que se esfuerzan á recibirla, y así le dijo, que nó se detuviese, sino que siguiese el llamamiento que su Majestad le hacia (nó sé si lo fueron estas las palabras) mas entiéndense, pues luego lo puso por obra.

12. Descubrióse á un ermitaño, que estaba en Alcala, y rogóle se fuese con ella, sin que jamás lo dijese á ninguna persona; y aportaron á donde está este monasterio, donde halló una covezucla, que apenas cabia, aquí la dejó. Mas ¿qué amor debia llevar? pues ni tenia cuidado de lo que habia de comer, ni los peligros que le podian suceder, ni la infamia que podía haber, cuando nó pareciese. ¿Qué borracha debia ir esta santa alma, embebida en que ninguno la estorbase gozar de su Esposo, y determinada de nó querer mas mundo, pues así huía de todos sus contentos! Consideremos esto bien, hermanas, y miremos como de un golpe lo venció todo; porque aunque nó sea menos lo que vosotras haceis en entraros en esta sagrada religion, y ofrecer á Dios vuestra voluntad, y profesar tan contino encerramiento, nó sé si se pasan estos hervores del principio en algunas, y tornamos á sujetarnos en algunas cosas de nuestro amor propio. Plegue á la divina Majestad que nó sea así, sino que ya que remedamos á esta santa en querer huir del mundo, estemos en todo muy fuera dél en lo interior.

13. Muchas cosas he oido de la grande aspereza de su vida, y débese de saber lo menos; porque en tantos años como estuvo en aquella soledad con tan grandes deseos de hacerla (nó habiendo quien á ello le fuese á la mano) terriblemente debia de tratar su cuerpo. Diré lo que á ella mesma oyeron algunas personas, y las monjas de san José de Toledo, á donde ella entró á verlas, y como con hermanas hablaba con ha-

neza, y así lo hacía con otras personas, porque era grande su sencillez, y debíalo de ser la humildad. Y como quien tenía entendido, que no tenía ninguna cosa de sí, estaba muy lejos de vanagloria, y gozabase de decir las mercedes que Dios le hacía, para que por ellas fuese alabado, y glorificado su nombre. Cosa peligrosa para los que no han llegado á este estado; que por lo menos les parece alabanza propia. Aquella llaneza, y santa simplicidad la debía librar desto, porque nunca oí ponerle esta falta.

44. Dijo que había estado ocho años en aquella cueva, y muchos días pasándose con las yerbas del campo, y raíces; porque como se le acabaron tres panes que la dejó el que fué con ella, no lo tenía, hasta que fué por allí un pastorcico: este la proveía despues de pan, y harina, que era lo que ella comía, unas tortillas cocidas en la lumbre, y no otra cosa, esto á tercer día. Y es muy cierto, que aun los frailes que están allí son testigos; y era ya despues que ella estaba muy gastada, algunas veces la hacían comer una sardina, ú otras cosas, cuando ella fué á procurar cómo hacer monasterio; y antes sentía daño que provecho. Vino nunca lo bebió, que yo haya sabido: las disciplinas eran con una gran cadena, y duraban muchas veces dos horas, y hora y media. Los silicios tan asperisimos, que me dijo una persona mujer, que viniendo de romería, se había quedado á dormir con ella una noche, y héchose dormida, y que la vió quitar los silicios llenos de sangre, y limpiarlos. Y más era lo que pasaba (según ella decía á estas monjas que he dicho) con los demonios, que le aparecían como unos alanos grandes, y se le subían por los hombros, y otras veces como culebras: ella no les había ningún miedo. Despues que hizo el monasterio, todavía se iba, y estaba, y dormía á su cueva, si no era ir á los Oficios divinos. Y antes que se hiciese, iba á misa á un monasterio de Mercenarios, que está un cuarto de legua, y algunas veces de rodillas. Su vestido era buriel, y túnica de sayal, y de manera hecho, que pensaban que era hombre. Despues destos años que aquí estuvo tan á solas, quiso el Señor se divulgase, y comenzaron á tener tanta devoción con ella, que no se podía valer de la gente. A todos hablaba con mucha caridad, y amor. Mientras más iba el tiempo, mayor concurso de gente acudía; y quien la podía hablar, no pensaba tenía poco: ella estaba tan cansada desto, que decía la tenían muerta. Venía día de estar todo el campo lleno de carros, casi despues que tuvieron allí los frailes, no tenían otro remedio, sino levantarla en alto, para que les echase la bendición, y con eso se libraban. Despues de los ocho años que estuvo en la cueva (que ya era mayor, porque se la habían hecho los que allí iban) dióle una enfermedad muy grande, de que pensó morir: y todo lo pasaba en aquella cueva.

45. Comenzó á tener deseos de que hubiese allí un monasterio<sup>e</sup> de frailes, y con este estuvo algun tiempo, no sabiendo de qué Orden le haría. Y estando una vez rezando á un crucifijo, que siempre traía consigo, le mostró nuestro Señor una capa blanca, y entendió que fuese de los Descalzos carmelitas, y nunca había venido á su noticia, que los había en el mundo, y entonces estaban hechos solos dos monasterios, el de Mancera, y Pastrana: debíase despues desto de informar; y como supo que le había en Pastrana, y ella tenía mucha amistad con la princesa de Eboli de tiempos pasados, mujer del príncipe Rui Gomez, cuya era Pastrana, partióse para allá á procurar como hacer este monasterio, que ella tanto deseaba. Allí en el monasterio de Pastrana, en la iglesia de san Pedro (que así se llama) tomó el hábito de nuestra Señora; aunque no con intento de ser monja, y profesar, que nunca á ser monja se inclinó, como el Señor la llevaba por otro camino: pareciale le quitarían por obediencia sus intentos de asperezas, y soledad.

46. Estando presentes todos los frailes, recibió el hábito de nuestra Señora del Carmen: hallóse allí el padre Mariano (de quien ya he hecho mencion en estas fundaciones) el cual me dijo á mí mesma, que le había dado una suspension, ó arrobamiento, que del todo le enagenó. Y que estando así, vió muchos frailes, y monjas muertos, unos descabezados, otros cortados las piernas, y brazos, como que los martirizaban, que esto se dá á entender en esta vision: y no es hombre que dirá, sino lo que viere, ni tampoco está acostumbrado su espíritu á estas suspensiones, que no le lleva Dios por este camino. Rogad á Dios, hermanas, que sea verdad, y que en nuestros tiempos merezcamos ver tan gran bien, y ser nosotras dellas. De aquí de Pastrana comenzó á procurar la santa Cardona, para hacer su monasterio: y para esto tornó á la corte, de donde con tanta gana había salido (que no le sería pequeño tormento) á donde no le faltaron hartas murmuraciones, y trabajo: porque cuando salía de casa, no se podía valer de gente; esto en todas las partes que fué: unos le cortaban del hábito, otros de la capa. Entonces fué á Toledo, á donde estuvo con nuestras monjas. Todas me han afirmado, que era tan grande el olor que tenía de reliquias, que hasta el hábito, y la cinta (despues que le dejó, porque le dieron otro, y se le quitaron) era para alabar á nuestro Señor el olor: y mientras más á ella se llegaban, era mayor, con ser los vestidos de suerte, con la calor, (que hacía mucha) que antes le habían de tener malo, (sé que no dirán sino toda verdad) y así quedaron con mucha devoción. En la corte, y otras partes le dieron para poder hacer su monasterio, y llevando licencia se fundó.

47. Hizose la iglesia á donde era su cueva, y á ella le hicieron otra desviada, á donde tenía un sepulcro de bulto, y se estaba noche, y día lo mas del tiempo. Duróle poco, que no vivió sino cerca de cinco años y medio despues que tuvo allí el monasterio, que con la vida tan áspera que hacia, aun lo que habia vivido parecia sobrenatural. Su muerte fué año de mil quinientos y setenta y siete (á lo que á mí me parece) hiciéronle las honras con grandísima solemnidad, porque un caballero, que llaman D. fray Juan de Leon, tenía gran devocion con ella, y puso en esto mucho. Está ahora enterrada en depósito, en una capilla de nuestra Señora, de quien ella era en extremo devota, hasta hacer mayor iglesia de la que tienen para poner su bendito cuerpo, como es razon. Es grande la devocion que tienen en este monasterio por su causa, y así parece quedó en él, y en todo aquel término, en especial mirando aquella soledad, y cueva, donde estuvo antes que determinase de hacer el monasterio. Hanme certificado, que estaba tan cansada, y afligida de ver la mucha gente que la venia á ver, que se quiso ir á otra parte, donde nadie supiese della; y envió á llamar al ermitaño que la habia traído allí, para que la llevase, y era ya muerto. Y nuestro Señor que tenía determinado se hiciese allí esta casa de nuestra Señora, no la dió lugar á que se fuese; porque (como he dicho) entiendo se sirve mucho allí. Tienen gran aparejo, y vése bien en ellos, que gustan de estar apartados de gente, en especial el prior, que tambien le sacó Dios para tomar este hábito de harto regalo, y así le ha pagado bien con hacerse los espirituales. Hizonos allí mucha caridad; diéronnos de lo que tenían en la iglesia, para la que íbamos á fundar, que como esta santa era querida de tantas personas principales, estaba bien proveida de ornamentos. Yo me consolé mucho lo que allí estuve, aunque con harta confusion, y me dura; porque veía que la que habia hecho allí la penitencia tan áspera, era mujer como yo, y mas delicada, por ser quien era, y no tan gran pecadora como yo soy, y que en esto de la una á la otra no se sufre comparacion, y he recibido muy mayores mercedes de nuestro Señor de muchas maneras, y no me tenér ya en el infierno (segun mis grandes pecados) es grandísima. Solo el deseo de remedarla (si pudiera) me consolaba, mas no mucho; porque toda mi vida se me ha ido en deseos, y las obras no las hago. Valame la misericordia de Dios, en quien yo he confiado siempre por su Hijo sacratísimo, y la Virgen nuestra Señora, cuyo hábito por la bondad del Señor traigo.

48. Acabando de comulgar un día en aquella santa iglesia, me dió un recogimiento muy grande, con una suspension, que me enagenó. En ella se me representó esta santa muger (por vision intelectual) como cuerpo

glorificado, y algunos ángeles con ella, dijome: *Que no me cansase, sino que procurase ir adelante en estas fundaciones*, entiendo yo (aunque no lo señaló) que ella me ayudaba delante de Dios. Tambien me dijo otra cosa, que no hay para qué la escribir. Yo quedé harto consolada, y con deseo de trabajar; y espero en la bondad del Señor, que con tan buena ayuda como estas oraciones, podré servirle en algo. Veis aquí, hermanas mías, como ya acabaron estos trabajos, y la gloria que tiene será sin fin. Esforcémonos ahora, por amor de nuestro Señor, segun esta hermana nuestra, aborreciéndonos á nosotras mismas como ella se aborreció, acabaremos nuestra jornada, pues se anda con tanta brevedad, y se acaba todo.

49. Llegamos el domingo primero de Cuaresma, que era vispera de la Catedral de san Pedro, día de san Barbacian, año de 1580, á Villanueva de la Jara. Este mismo día se puso el santísimo Sacramento en la iglesia de la gloriosa santa Ana á la hora de misa mayor. Saliéronnos á recibir todo el ayuntamiento, y otros algunos con el doctor Ervias, y fuimos á apear á la iglesia del pueblo, que estaba bien lejos de la de santa Ana.

20. Era tanta la alegría de todo el pueblo, que me hizo harta consolacion ver con el contento que recibian la Orden de la sacratísima Virgen Señora nuestra. Desde lejos oíamos el repicar de las campanas: entradas en la iglesia comenzaron el *Te Deum*, un verso la capilla de canto de órgano, y otro el órgano. Acabado, tenían puesto el santísimo Sacramento en unas andas, y nuestra Señora en otras, con cruces, y pendones: iba la procesion con harta autoridad: nosotras (con nuestras capas blancas, y velos delante del rostro) íbamos en mitad cabe el santísimo Sacramento, y junto á nosotras nuestros frailes Descalzos, que fueron hartos del monasterio, y los Franciscos (que hay monasterio en el lugar de san Francisco) iban allí, y un fraile dominico, que se halló en el lugar, que aunque era solo, me dió contento ver allí aquel hábito.

21. Como era lejos, habia muchos altares, deteníanse algunas veces, diciendo letras de nuestra Orden, que nos hacia harta devocion, y ver que todas iban alabando al gran Dios, que llevábamos presente, y que por él se hacia tanto caso de siete pobrecillas Descalzas, que íbamos allí. Con todo esto que yo consideraba, me hacia harta confusion, acordándome iba entre ellas, y como si se hubiera de hacer como yo merecia, fuera volverse todos contra mí. Héos dado tan larga cuenta desta honra que se hizo al hábito de la Virgen, para que alabeis á nuestro Señor, y le supliqueis se sirva desta fundacion; porque con mas contento estoy cuando es con mucha persecucion, y trabajos, y con mas gana os los

cuento. Verdad es, que estas hermanas que estaban aquí los han pasado casi seis años, al menos mas de cinco y medio, que há que entraron en esta casa de la gloriosa santa Ana; dejada la mucha pobreza, y trabajo que tenían en ganar de comer, porque nunca quisieron pedir limosna; la causa era, porque no les pareciese estaban allí para que les diesen de comer, y la gran penitencia que hacian, así en ayunar mucho, comer poco, y malas camas, y muy poquita casa; que para tanto encerramiento como siempre tuvieron, era harto trabajo. El mayor que me dijeron habían tenido, era el grandísimo deseo de verse con el hábito, que este de noche, y de día las atormentaba grandísimamente, pareciéndoles nunca lo habían de ver; y así toda su oración era, porque Dios les hiciese esta merced, con lágrimas muy ordinarias. Y en viendo que había algun desvío, se afligian en extremo, y crecía la penitencia. De lo que ganaban, dejaban de comer para pagar los mensajeros que iban á mí, y mostrar la gracia que ellas podian con su pobreza á los que las podian ayudar en algo. Bien entiendo yo (después que las traté, y vi su santidad) que sus oraciones, y lágrimas habían negociado para que la Orden las admitiese; y así he tenido por muy mayor tesoro, que estén en ella tales almas, que si tuvieran mucha renta; y espero irá la casa muy adelante.

22. Pues como entramos en la casa estaban todas á la puerta de adentro, cada una de su librea; porque como entraron se estaban, que nunca habían querido tomar trage de beatas esperando esto, aunque el que tenían era harto honesto, que bien parecía en él, el tener poco cuidado de sí, según estaban mal aliñadas, y casi todas tan flacas, que se mostraba haber tenido vida de harta penitencia. Recibieronnos con hartas lágrimas del gran contento, y háse parecido no ser fingidas, y su mucha virtud en el alegría que tienen, y la humildad, y obediencia á la priora y á todas las que vinieron á fundar, no saben placeres que les hacer. Todo su miedo era si se habían de tornar á ir, viendo su pobreza, y y poca casa. Ninguna había mandado, sino con gran hermandad: cada una trabajaba lo mas que podía. Dos que eran de mas edad, negociaban cuando era menester, las otras jamás hablaban con ninguna persona, ni querian. Nunca tuvieron llave á la puerta, sino una aldaba; y ninguna osaba llegar á ella, sino la mas vieja respondía. Dormian muy poco por ganar de comer, y por no perder la oración, que tenía hartas horas, los días de fiesta todo el día. Por los libros de fray Luis de Granada, y de fray Pedro de Alcántara se gobernaban: el mas tiempo rezaban el Oficio divino con un poco que sabian leer, que sola una lee bien, y no con brevariarios conformes: unos les habían dado del viejo Romano algunos

clérigos como no se aprovechaban dallos, otros como podian; y como no sabian leer, estábanse muchas horas; esto no lo rezaban donde de fuera las oyesen, (Dios tomara su intención, y trabajo) que pocas verdades debían de decir. Como el padre fray Antonio de Jesus las comenzó á tratar, hizo que no rezasen sino el Oficio de nuestra Señora. Tenian su horno en que cocian el pan, y todo con un concierto, como si tuvieran quien las mandara. A mí me hizo alabar á nuestro Señor, y mientras mas las trataba, mas contento me daba haber venido. Páreceme, que por muchos trabajos que hubiera de pasar, no quisiera haber dejado de consolar estas almas. Y las que quedan de mis compañeras me decían, que luego á los primeros días les hizo alguna contradición, mas que como las fueron conociendo, y entendiendo su virtud, estaban alegrísimas de quedar con ellas, y las tenían mucho amor. Gran cosa puede la santidad, y virtud. Verdad es, que eran tales, que aunque hallaran muchas dificultades, y trabajos, lo llevarán bien con el favor del Señor, porque desean padecer en su servicio; y la hermana que no sintiere en sí este deseo, no se tenga por verdadera Descalza; pues no han de ser nuestros deseos descansar, sino padecer, por imitar en algo á nuestro verdadero Esposo. Plegue á su Majestad nos dé gracia para ello. Amen.

23. De donde comenzó esta ermita de santa Ana, fué desta manera. Vivía aquí en este dicho lugar de Villanueva de la Jara un clérigo natural de Zamora, que había sido fraile de nuestra Señora del Carmen, era devoto de la gloriosa santa Ana, llamábase Diego de Guadalajara, y así hizo cabe su casa esta ermita, y tenía por donde oír misa, y con la gran devoción que tenía fué á Roma, y trajo una bula con muchos perdones para esta iglesia, ó ermita. Era hombre virtuoso, y recogido. Cuando murió, mandó en su testamento, que esta casa, y todo lo que tenía fuese para un monasterio de monjas de nuestra Señora del Carmen; y si esto no hubiese efeto, que lo tuviese un capellan que dijese algunas misas cada semana; y que cada, y cuando que fuese monasterio, no se tuviese obligación de decir las misas. Estuvo así con un capellan mas de veinte años, que tenía la hacienda bien desmedrada, porque aunque estas doncellas entraron en la casa, sola la casa tenían. El capellan estaba en otra casa de la mesma capellanía, que dejará ahora con lo demás, que es bien poco; mas la misericordia de Dios es tan grande, que no dejará de favorecer la casa de su gloriosa abuela. Plegue á su Majestad, que sea siempre servido en ella, y le alaben todas las criaturas por siempre jamás. Amen.